

La trágica epopeya de los caballeros del aire



Estado en que quedó el aparato que pilotaba Mr. Boujassy, al caer en el sitio denominado «Humilladero» en el pueblo de Alcaraz.

Jean Boujassy, el hombre pájaro, abatí sus alas para no elevarse más, cuando solo contaba 28 años de edad, en la plenitud de su vida.

El francés morenito y pinturero, cual un mocito del Perchel, que con su gran simpatía ganaba las voluntades, perdió la vida en un luminoso día de Julio, allá en la bravía sierra de Alcaráz, que un sol de fuego vestía de oro.

Parece que fué ayer cuando, para nuestras informaciones, charlábamos con él de estas cosas de aviación, tan bellas e interesantes, de las que el hombre se siente orgulloso porque le acercan un poquito a Dios y tan arriesgados, en cuya historia hay tantas páginas escritas con sangre, bellas estrofas de un poema de héroes...

Era una tarde de toros y mientras llegaba la hora de la corrida, sentados juntos a una mesita en el Círculo de Bellas Artes, Mr. Boujassy contestaba a cuantas



Mr. Boujassy, víctima de un accidente de aviación.

preguntas le hacíamos; con esa amable simpatía, tan suya, que hacía el tema aún más interesante.

Le interrogamos sobre su vida de aviador y accidentes en su carrera, y siempre nos contestaba con satisfacción.

Llevaba ocho años de aviador. La causa de los accidentes de aviación, según él, era debida a falta de pericia del piloto. ¡Que ajenos estábamos entonces de que un descuido suyo, por exceso de celo, le costaría la vida! Y fué su impresión la trágica corroboración de su aserto.

Cuando le practicaban la inútil cura, en medio de los dolores horribles, roto, deshecho, aun tuvo serenidad para decir: «Señores, si les molesta que me queje, díganlo y me callaré», que hasta en esos momentos su delicadeza y corrección se imponían a todo y temiendo mo-

lestar con los débiles quejidos con que aliviaba un poco sus sufrimientos.

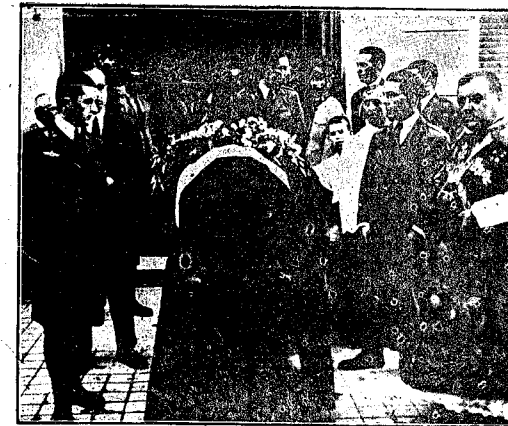
Albacete lo reclamó, era suyo por afect. El Ayuntamiento dió morada por unas horas a sus restos.

Su entierro fué una sentidísima manifestación de duelo, no siendo todo lo numerosa que debió ser por la hora del día.

La bandera tricolor cubrió su ataúd; era como un beso de la Patria lejana.

Sus compañeros los caballeros del aire, desde el aire les daban el último adiós con sus vuelos por encima de la triste comitiva, ponían su dolor en la negra bandera que flameaba al viento, y los aparatos, cual av *Fénix*, escribían en el azul infinito una oración.

LOHENGRIN



Momento de salir el féretro del Ayuntamiento, rodeado por los compañeros del infortunado piloto.

El dependiente modelo

A eso de las siete de la tarde, dos señoras muy encopetadas, penetran en el comercio con objeto de «hacer compras».

—Ustedes dirán lo que desean.

—Enseñenos unos cortes de traje si no les sirve de molestia.

—¡Por Dios no hay molestia ninguna! Nosotros con mucho gusto... ya saben que las servimos encantados: es nuestro deber y solo nos apenaría que no encontrasen lo que desean, por más que tenemos inmensas existencias en toda clase de artículos...

El dependiente va enseñando vestidos y más vestidos acompañados de una terrible *berborrea*.

—Este vestido es precioso; observe la clase, es *riquísimo*. ...¡Ah! no me lo creerán ustedes, pero *perdemos en él*. Cien pesetas; *es regalo* señora; además observen que es verdaderamente *chic*, lo terminamos de *recibir*, es el último *grito* de la moda.

Nosotros no tenemos mas que *altas novedades*; no traemos *pacotilla* iría en perjuicio de la casa y

como nuestro *lema* es favorecer al público que nos *honra*, no reparamos en *sacrificios*, pues la calidad de nuestros *inmejorables artículos*, es la garantía que tenemos y la tranquilidad plena nuestra; para poder proclamar muy alto que la *Casa Lilofón* es la que está mejor surtida y más barato vende, siendo la *preferida* de las personas de *buen gusto*...

Así ensarta uno tras otro párrafos de ese *calibre* intercalados con sonrisas y guiñar de ojos a las *dunculillas* y alguna pollita al compañero que le obstruye el mostrador con alguna caja...

Después de una hora, las señoras se marchan por no encontrar un vestido como el de la señora del capitán X y salen a dar una vuelta por el paseo y cuando desaparecen por la puerta, el pobre muchacho exclama indignado:

¡Hombre, por qué no dirán que vienen a sentarse y nos evitarían trabajar?

LUCRECIA

